

JAIME GUZMAN

Sobre "Pinochet o el caos"



Creo que ni el partidario más optimista del gobierno previó que el reciente desfile cívico-militar en su apoyo adquiriría las dimensiones multitudinarias y el entusiasmo desbordante que lo caracterizaron. Como prueba de popularidad del régimen, después de diez años expuesto al natural desgaste y en medio de una seria crisis económica, el hecho resultó impresionante.

¿Qué explicación tiene este verdadero acontecimiento político? A mi juicio, fundamentalmente dos.

La primera, es el sentido de justicia del pueblo chileno. Se quiso demostrar, precisamente, que ni la crisis mencionada ni las fallas que haya tenido la gestión gubernativa pueden oscurecer sus macizos frutos positivos durante la década.

Haber salvado a Chile de ser convertido en una segunda Cuba merece por sí solo una gratitud imperecedera a quienes lo hicieron posible. Pero, además, la ciudadanía quiso expresar su reconocimiento a una vasta obra:

— A diez años de orden y tranquilidad, que los opositores pretenden inútilmente desacreditar como "la paz de los cementerios o el signo de la represión".

— A la mantención de la paz con nuestros vecinos, salvando inminentes amenazas bélicas sucesivas de Perú y Argentina, sin ceder ni un milímetro de nuestro territorio.

— Al proceso creador de una nueva institucionalidad que tiene en la constitución aprobada plebiscitariamente en 1980, su principal aporte para una democracia plena, eficiente y estable, al servicio de una sociedad libre.

— Al reordenamiento del caos económico heredado en 1973 y la obtención de significativos logros hasta 1981, que ni la recesión mundial ni los errores internos para afrontarla pueden borrar.

— A la extraordinaria obra gubernativa en favor de los más pobres, tanto a través de la "red social" de subsidios, como de la promoción humana integral que representa la notable tarea del voluntariado, del cual la Primera Dama

es su máximo impulso y símbolo.

— A las modernizaciones de tantos aspectos de la vida nacional, como la regionalización, el nuevo municipio realizador y participativo, la descentralización, la reforma previsional, la carretera austral y otras que sería imposible reseñar en estas líneas.

— A la mantención de la unidad, la eficiencia profesional y el apoliticismo de nuestras fuerzas armadas, garantes de nuestra soberanía y de nuestra institucionalidad.

A todo eso — y mucho más — quiso el pueblo manifestar su apoyo el viernes recién pasado. Pero pienso que en su movilización tan masiva y vibrante, hubo otro estímulo fundamental.

Esas decenas de miles de chilenos sintieron la necesidad de testimoniar su repudio al deplorable espectáculo brindado por el grueso de los políticos — con honrosas excepciones — en su flamante reestreno.

Ver las mismas figuras casi sin renovaciones. Su misma ampulosidad hueca. Sus mismos trucos politiqueros frente a las "protestas". Su misma demagogia para abordar los problemas nacionales. La misma debilidad demócratacristiana ante el comunismo y su descubrimiento de que hay marxistas "democráticos" con los cuales aliarse.

La sola hipótesis de volver a ser gobernados por quienes en estos diez años no han aprendido nada, o de que el odio vandálico y terrorista del comunismo vuelva a enseñorearse del país, fue lo que se rechazó tajantemente.

La Alianza Democrática ha dicho que nació para evitar que la alternativa a Pinochet sea o se presente como el caos. Pero con su conducta ha demostrado que si la alternativa es ella, no existe hoy realmente más que Pinochet o el caos. La necesaria apertura política merece y exige mejores aportes que el promedio de los registrados hasta ahora.

que, sin pelos en la lengua, daban a conocer sus puntos de vista.

En el otro extremo, la visión era distinta. Un ministro que daba un impulso decisivo hacia la búsqueda de una democracia plena, anhelo de todos los chilenos; la posibilidad de adelantar algunos plazos, mediante plebiscito, para que comenzara a funcionar el poder Legislativo tal como lo prevé la constitución, y el interés por establecer un consenso que abarque a las fuerzas democráticas opositoras y a la gran masa ciudadana.

¿Hacia qué lado se iban a inclinar las preferencias? Era aventurado decirlo, pues se está viviendo una época anormal.

La presión informativa fue creciendo cada día en el país, mientras en el exterior no fue menos, pues los más de trescientos corresponsales extranjeros llegados al país pusieron de moda a Chile en todo el mundo.

"Pinochet a punto de caer", "Triunfa la oposición", "Desmanes en Santiago", etcétera, fueron en buena medida los titulares de los principales periódicos extranjeros, a la vez que en Santiago los rumores no les iban a la zaga. Aquí fue donde los oráculos fallaron.

Porque el jueves 8, en la plaza Baquedano, hubo sólo un esbozo de la manifestación que fue impedida por la fuerza pública (ver crónica siguiente). Lo que sí hubo fue un grupo de jóvenes que, con piedras, quisieron convertir la plaza en un campo de batalla, sin importarles si así contribuían al objetivo que buscaban los organizadores del *sit in*. La tónica se repitió en la tarde y en las noches siguientes, pues los desmanes habidos en las poblaciones periféricas son producto de la acción de extremistas y delincuentes.

El viernes 9, la atención se trasladó al Altar de la Patria. Allí, los partidarios del gobierno, y los que no lo son tanto pero no aceptan el clima de violencia, despertaron de su letargo motivados en gran medida por los actos vandálicos (ver crónica siguiente). Las imágenes de la concentración valen más que cualquier descripción.

El resultado fue que el gobierno salió fortalecido después de esta difícil semana. Algo que ni sus propios partidarios podían imaginar.

Esta apreciación se refleja en el discurso del Presidente Pinochet, el domingo 11. El tono mesurado y conciliador, el apoyo a la gestión emprendida por el ministro Jarpa, la creación del consejo económico-social, la gradual designación de civiles en cargos que actualmente ocupan miembros de las fuerzas armadas y la confirmación de la realización de un plebiscito para modificar el sistema legislativo demuestran la voluntad democratizadora del gobierno. Una voluntad que no se deja impresionar ni por amenazas ni por alabanzas.

Carmen Gardeweg L. ■